

ble, y nuestras sociedades contemporáneas se ahorrarán quizá pruebas penosas, si, mirando resueltamente cara á cara la situación, confiesan la necesidad de una reforma y encarrilan la corriente, en lugar de oponerle diques infranqueables.

¿Es decir, hay necesidad, de una manera brusca y sin preparación suficiente, instituir un orden de cosas radicalmente diferente del antiguo? De ningún modo. Estos ensayos de transformación intentados de golpe y porrazo nos enseñan que las profundas revoluciones sociales deben fiarse á la evolución. Claro que no debe pretenderse la conservación, aunque fuese por un sólo día, de un estado social inicuo, si hay posibilidad de substituirlo por una organización mejor; pero una larga experiencia, tal como resulta de la misma historia de la humanidad en todos los países y en todos los tiempos, nos enseña lo imposible que es renovar por un efecto teatral las instituciones verdaderamente esenciales. Pueden improvisarse, es verdad, las revoluciones políticas, porque son sencillos cambios de la etiqueta, que cada forma social lleva encima; pero al querer modificar la organización íntima de las sociedades, se presenta muy diferente el asunto: casi siempre los reformadores no abarcan el problema con todos sus resultados, y, principalmente, porque las resistencias á vencer son más difíciles de lo que á primera vista parecen. Las clases privilegiadas, en un momento dado, se levantan como un solo hombre desafiando á la muerte, y sobre todo para darla si es necesaria en la defensa de lo que ellos llaman sus derechos. De otro lado, la masa de los ínfimos, de los sacrificados, de tiempo está acostumbrada al yugo; puede, á penas, concebir claramente la posibilidad de mejorar su suerte, y, á menudo, combate á sus redentores demasiado impacientes. Debiera convencerla desde luego, pero ésto es bastante difícil, puesto que la propia minoría emancipadora no puede ofrecer á la mayoría rehacia más que puntos de vista todavía poco prácticos, planes mal estudiados, cuya realización es siempre difícil si no enteramente imposible, á lo menos realizarlos de la noche á la mañana.

Y todo porque lo complejo de los grandes problemas sociológicos es grande. Sólo la experiencia, siempre tardigrada, nos muestra lo que hay de verdaderamente útil en tal ó cual reforma á primera vista muy seductora. Necesitan las grandes reformas sociales para llegar á término, un lapso de tiempo correspondiente á su importancia. A menudo las retardan, queriéndolas apresurar demasiado; débeseles abrir el camino lentamente. Ahí va

un ejemplo. Lo probable es que el régimen actual de nuestra propiedad quiritaria, individual al exceso, se transforme en un usufructo vitalicio rigurosamente proporcionado con el mérito social de cada propietario; ¿pero quién se atreviese á establecer por medio de un simple decreto ese nuevo estado de cosas tendría probabilidades de sublevar inmediatamente una mitad de la población contra la otra? Ahora bien, es fácil realizar esa gran reforma sin violencia ni expoliación, sencillamente, aumentando poco á poco, progresivamente, durante un número suficiente de años, los derechos de sucesión que percibe el fisco. Cosa igual debiera hacerse para la abolición de nuestro salario manufacturero. De momento, hay que hacerla preceder de una reforma radical política; como preliminar, débese romper el molde imperial y romano en el cual han sido fundidos la mayoría de nuestros estados europeos; es necesario reemplazarlo por un régimen federativo, dividir los grandes Estados en cantones, en ciudades primero, gozando de una amplia autonomía. Fundándose en la experiencia, cada una de esas ciudades ensayaría la manera de reformar, en su seno, el asalariado. Una vez encontrado el método mejor, sería pronto adoptado por los demás cantones ó ciudades; pero *a priori* y de un golpe, con dificultad se imaginaria por centenares de millones de hombres.

No obstante, sin prejuzgar las medidas más convenientes en adoptar, y que podrían variar, y deberían diferir, según las diversas comarcas, puede uno formarse una concepción general del fin deseado. Volver en todo y por todo á la pequeña industria familiar de otros tiempos sería actualmente imposible; pero la gran maquinaria debiera relegarse á los trabajos é industrias de utilidad general y de interés para la ciudad toda. Pues en justicia lo que es útil á todos ha de ser obra de todos. Pero de ninguna manera hay que establecer un socialismo del Estado, una servitud generalizada, análoga á la del Perú antiguo. El hombre moderno, el hombre civilizado y moralmente libre, de ninguna manera aceptaría ese régimen de servitud. Sólo podrá atentarse contra la libertad individual, cuando lo reclamer las necesidades sociales y aún en una medida estricta. Aquella idea, la de los ejércitos industriales, lanzada en otro tiempo por Fourier en medio de sueños irrealizables, hallaría aquí su aplicación práctica. Pero la gran reforma deberá preceder á la del asalariado. Pueblos (no existen todovía) muy inteligentes y muy justos queriendo, entre los mismos, abolir á toda costa el trabajo servil y